

## CÉSAR. *Historia de Roma*, I. Montanelli

(...) Cayo Julio César tenía entonces veintiséis años y procedía, como Sila, de una familia aristócrata pobre que hacía remontar sus orígenes a Anco Marcio y a Venus, pero que, después de estos discutibles antepasados, no había vuelto a dar personajes notorios a la historia de Roma. Hubo Julios pretores, cuestores y hasta cónsules. Pero de ordinaria administración. Su casa se alzaba en el Suburra, el barrio popular y mal reputado de Roma, donde él nació, unos dicen que en el 100 y otros que en el 102 antes de Jesucristo.

No sabemos nada de su infancia, excepto que tuvo por preceptor a un galo, Antonio Grifón, el cual, además de latín y griego, le enseñó tal vez algo muy útil sobre el carácter de sus compatriotas. Parece que en la pubertad le afligían ya jaquecas y ataques de epilepsia y que su ambición era entonces hacerse escritor. Fue calvo ya de joven, y, avergonzándose de ello, trató de remediarlo con «traslados», peinándose el pelo de la nuca hasta la frente. Todas las mañanas perdía mucho tiempo en esta complicada operación.

Suetonio dice que era alto, más bien rechoncho, de piel clara y ojos negros y vivos. Plutarco dice que era delgado y de mediana estatura. Acaso tengan razón los dos. Uno le describe de joven, el otro de hombre maduro, cuando se suele engordar un poco. Los largos períodos de la vida militar debieron de robustecerle. Fue desde muchacho un excelente jinete y solía galopar con las manos cruzadas a la espalda. Pero caminaba mucho a pie al frente de sus soldados, dormía en los carros, comía sobriamente, y conservaba siempre su sangre fría y la lucidez de su cerebro. No tenía un rostro bello. Bajo aquel cráneo mondo y un poco demasiado macizo, presentaba una barbilla cuadrada y una boca arqueada y acerba, enmarcada por dos arrugas rectas y profundas y con el labio inferior más saliente que el superior. Sin embargo, fue afortunado con las mujeres. Casó con cuatro y tuvo muchísimas otras por amantes. Sus soldados le llamaban *moechus calvus*, el adúltero calvo y, cuando desfilaban por las calles de Roma en ocasión de un triunfo, gritaban: «En, hombres, encerrad en casa a vuestras mujeres; ¡ha vuelto el seductor calabaza monda!» Y César era el primero en reírse de ello.

Contrariamente a cierta leyenda que le reviste de una seria y entonada solemnidad, César era un perfecto hombre de mundo, galante, elegante, despreocupado, lleno de humor, capaz de encajar pullas de los demás y de replicarlas con mordaz sarcasmo. Era indulgente con los vicios ajenos porque tenía necesidad de que los demás lo fuesen con los suyos. Curión le llamaba «el marido de todas las esposas y la esposa de todos los maridos». Y una de las razones por la que los aristócratas le odiaron tanto era que él seducía regularmente a sus esposas, las cuales, a decir verdad, competían entre sí para ser seducidas.

(...) El mismo Pompeyo, por bien que más guapo, rico y, en aquel momento, más famoso que César, vio cómo arramblaba aquél con su mujer y la repudió. César se hizo perdonar, dándole por esposa a una hija suya.

Este extraordinario personaje en torno al cual, en adelante, toda la historia de Roma y del mundo comienza a girar, era, pues, en cuanto a moralidad, un hombre de su tiempo.

## Cap. XXV La conquista de las Galias. I. Montanelli

Cuando César llegó, en 58, Francia era para los romanos tan sólo un nombre: Galia. No conocían más que sus provincias meridionales, las que habían sometido a vasallaje para asegurarse las comunicaciones terrestres con España. Lo que pudiera haber más al Norte, lo ignoraban.

Más al Norte no existía lo que hoy se llama una nación. Diseminadas por distintas regiones, vivían tribus de raza céltica que pasaban el tiempo haciéndose la guerra entre sí. César, que entre otras cosas era un gran periodista y poseía el don de la observación, vio que para dominar a aquellas tribus bastaba con tenerlas divididas (...)

César no contaba con fuerzas suficientes para una guerra de conquista. Pero precisamente en el momento en que asumía su mando, cuatrocientos mil helvecios se desparramaban desde Suiza sobre la Galia (...) y ciento treinta mil germanos cruzaban el Rin (...) Toda la Galia, aterrada, pidió protección a César. Fueron dos campañas temerarias y fulgurantes. (...) El depravado y endeudado mujeriego se revelaba, en el campo de batalla, como un formidable general.

(...) El pueblo se regocijó, la Asamblea prorrumpió en aclamaciones, pero el Senado torció el gesto. César olfateó que los conservadores le estaban preparando alguna mala pasada, volvió a Italia y convocó a Pompeyo y a Craso en Lucca para consolidar con ellos, en defensa común, el triunvirato.

(...) Las riquezas de Craso y de Pompeyo, aumentadas por la contribución de César que ahora tenía en mano la cartera de toda la Galia, bastaron (...). Y así el procónsul pudo volver a sus provincias, donde mientras tanto se insinuaba una nueva invasión germánica. César destrozó a los intrusos rechazándolos allende el Rin, luego atravesó el canal de la Mancha con un pequeño destacamento y por primera vez los romanos pisaron con él suelo inglés. No se sabe con precisión por qué fue allí; acaso tan sólo para ver qué era. Permaneció pocos días, venció a las pocas tribus que halló en su camino, tomó algunas notas y se volvió atrás. Mas el año siguiente intentó de nuevo la aventura con fuerzas mayores, derrotó a un ejército indígena conducido por Casivelauno, avanzó hasta el Támesis, y tal vez habría seguido más allá de no haber recibido la noticia de que había estallado una revuelta en la Galia.







(...) Toda la Galia, unida por primera vez a las órdenes de un hábil jefe, Vercingetórix, era un hervidero. César le conocía: era un guerrero de Auvernia, tierra de soldados montaraces y robustos (...). Hizo un llamamiento al sentimiento nacional asegurándose el apoyo de los *druidas*, que le comunicaron su aprobación.

A la sazón Vercingetórix disponía de poderosas fuerzas (...). La situación no podía ser peor. César la afrontó con su audacia habitual. (...) Se dio cuenta de que estaba solo, uno contra diez en un país hostil y se consideró perdido. Jugándose el todo por el todo, marchó sobre Alesia, donde Vercingetórix había reunido su ejército, y la sitió. En seguida acudieron los galos de todas partes para liberar a su capitán. Eran doscientos cincuenta mil los que se concentraron contra las cuatro legiones romanas. César ordenó a los suyos que levantaran dos empalizadas: una hacia la ciudad asediada y otra frente a las fuerzas que acudían en su auxilio. Y entre los dos bastiones situó a los suyos con las escasas municiones y vituallas que todavía poseían. Tras una semana de desesperada resistencia en dos frentes, los romanos estaban hambrientos, pero los galos a su vez habían caído en la anarquía y comenzaron a retirarse en desorden. César cuenta que si hubiesen insistido un día más habrían vencido.

Vercingetórix en persona salió de la ciudad extenuada a pedir gracia. César la concedió a la ciudad, mas los rebeldes pasaron a la propiedad de los legionarios, que les revendieron como esclavos haciendo su negocio. El desventurado capitán fue conducido a Roma, donde al año siguiente siguió encadenado al carro del triunfador, que le «sacrificó a los dioses», como se decía en aquellos tiempos.



César quedóse aún aquel año en la Galia para liquidar los restos de la revuelta. Lo hizo con una severidad que no era habitual en él, que siempre se mostró generoso con el adversario vencido. Pero una vez infligido el castigo con la supresión de los jefes, volvió a sus métodos de clemencia y de comprensión. Y así, dosificando con sabiduría la mano dura con la caricia, convirtió a los galos en un pueblo respetuoso y adicto a Roma. (...) Roma no comprendió la grandeza del don que su procónsul le había hecho. Sólo vio en la Galia una nueva provincia que explotar, dos veces mayor que Italia y poblada por cinco millones de habitantes.

(...) Craso había partido para Siria, declaró la guerra a los partos, fue derrotado y mientras trataba con el general vencedor, éste le mató y mandó su cabeza cortada a adornar en un teatro una escena de Eurípides. Pompeyo, en cambio, que consiguió le concedieran un ejército para gobernar España, se quedó con él en Italia en una actitud que no dejaba presagiar nada bueno.

La democracia agonizaba. (...) Pompeyo logró hacerse dueño de la ciudad. Cicerón saludó en él al «cónsul sin colega» y la fórmula agradó a los conservadores, que la adoptaron porque permitía atribuir a Pompeyo los poderes de dictador evitando la desagradable palabra (...) Era la exclusión de César (...)

Como agradecimiento por la conquista de la Galia, no estaba mal.



## Cap. XXVI EL RUBICÓN

Los titubeos de César antes de desencadenar la guerra civil han constituido el gozo de muchos escritores y la fortuna de un riachuelo del que, de otro modo, nadie conocería el nombre; el Rubicón. Éste marcaba, cerca de Rímini, la frontera entre la Galia Cisalpina, donde el procónsul tenía derecho de apostar sus soldados, y la verdadera Italia, donde la Ley le vedaba conducirlos; y fue en sus orillas que los historiadores describieron a César meditando y roído por las dudas. Pero el hecho es que cuando César llegó allí, había tomado ya la decisión.

Con tal de evitar una lucha entre romanos, había aceptado todas las proposiciones presentadas por Pompeyo y por el Senado, que ya no eran más que una sola cosa: mandar una de sus escasas legiones a Oriente para vengar a Craso y devolver otra a Pompeyo que se la había prestado para las operaciones en la Galia. Pero cuando el Senado le contestó definitivamente impidiéndole concurrir al Consulado y poniéndole en el dilema: o dispersar al Ejército, o ser declarado enemigo público, comprendió que, de escoger la primera alternativa, se entregaba inerme en manos de un Estado que quería su pellejo.

César reunió a su legión favorita, la decimotercera, y habló a los soldados, llamándoles no *milites*, sino *conmilitones*. Podía hacerlo. Además de su general, había sido su compañero. Hacía diez años que les conducía de fatiga en fatiga y de victoria en victoria, alternando sabiamente la indulgencia y el rigor. Aquellos veteranos eran verdaderos profesionales de la guerra, entendían de ella y sabían calibrar a sus oficiales. Sentían hacia César, que raramente había tenido que recurrir a su propia autoridad para afianzar su prestigio, un respetuoso afecto. Y cuando les hubo explicado cómo andaban las cosas y les preguntó si estaban dispuestos a enfrentarse con Roma, su patria, en una guerra que, de perderla, les calificaría de traidores, respondieron que sí unánimemente. Eran casi todos galos, gente a quien César había dado la ciudadanía que el Senado se obstinaba en no reconocerles. Su



patria era él, el general. Y cuando éste les advirtió que no tenía dinero para pagarles la soldada, contestaron entregando sus ahorros a las cajas de la legión. Uno solo desertó para ponerse al lado de Pompeyo: Tito Labieno. César le consideraba el más hábil de sus lugartenientes. Le envió el equipaje y el estipendio que el fugitivo no había retirado.

El 10 de enero de aquel año, 49, «echó los dados» como hubo de decir él mismo, esto es, pasó el Rubicón con aquella legión, seis mil hombres, contra los sesenta mil que Pompeyo había reunido ya.(...) *Las ciudades se abren ante él y le saludan como a un dios*, escribió Cicerón.

(...)Durante esa incruenta marcha sobre Roma, César siguió buscando un compromiso, o por lo menos haciendo que lo buscaba. Escribió a Cicerón diciéndole que informara a Pompeyo de que, si se le garantizaba la seguridad, él estaba dispuesto a retirarse a la vida privada. Mas, sin aguardar las respuestas, siguió avanzando contra Pompeyo, que también avanzaba, pero hacia el Sur.

No obstante haber rechazado las ofertas de César, los conservadores abandonaron Roma. Cargados de dinero, de pretensiones y de insolencia, cada uno con siervos, mujeres, amigas, efebos, tiendas de lujo, lencería de lino, uniformes y penachos, aquellos aristócratas hacían un alborotado acompañamiento a Pompeyo, trastornándole el cerebro con sus chácharas. Pompeyo no había tenido mucho carácter ni cuando era joven y delgado. Ahora, envejecido y con asma, perdió el poco que le quedaba; y para no afrontar una decisión, siguió retirándose hasta Brindisi, donde embarcó a todo su ejército. Curiosa táctica para un general que contaba con un ejército doble que el del adversario.

(...) César entró en Roma el 16 de marzo, dejando el ejército fuera de la ciudad. Se había rebelado contra el Estado, pero respetaba sus reglamentos. Pidió el título de dictador, y el Senado se negó. Pidió que fuesen enviados mensajeros de paz a Pompeyo, y el tribuno Lucio Metelo opuso el veto. César dijo: «Tan difícil me es pronunciar amenazas, como fácil cumplirlas.» En seguida el Tesoro fue puesto a su disposición. César, antes de vaciarlo para llenar las cajas de sus regimientos, echó el botín acumulado en las últimas campañas. El hurto, sí, pero antes la legalidad.

(...) Farsalia fue la obra maestra de César, que perdió solamente doscientos hombres, mató a quince mil, capturó veinte mil, ordenó salvaguardarlos y celebró la victoria consumiendo, bajo la suntuosa tienda de Pompeya, la comida que los cocineros le habían preparado a éste para festejar su triunfo. El desventurado general cabalgaba (...) seguido siempre por aquella turba de aristócratas holgazanes.

Reunido en Mitilene con su mujer, se embarcaba con ella en dirección a África, probablemente con el propósito de ponerse al frente del último ejército senatorial (...) La nave echó el ancla en aguas de Egipto, estado vasallo de Roma, que lo administraba a través de su joven rey, Tolomeo XII. Era un señorón medio degenerado y medio bobo, a merced de un visir, o sea de un primer ministro eunuco y canalla; Potino. Éste sabía ya lo de Farsalia y creyó asegurarse la gratitud del vencedor asesinando al vencido. Pompeyo fue apuñalado por la espalda ante los ojos de su mujer, mientras desembarcaba de una chalupa. Y su cabeza fue presentada a César, que volvió la propia con horror, cuando llegó y la vio. César normaba la sangre, ni siquiera la de sus enemigos. Y no cabe duda de que habría indultado a Pompeyo si le hubiese capturado vivo.



Ya que estaba allí, César quiso, antes de volver a Roma, poner orden en las cosas de aquel país, que hacía tiempo se estaba yendo al traste. Tolomeo hubiese debido, según el

testamento de su padre, compartir el trono con su hermana Cleopatra, tras haberla desposado (estos amores entre hermanos han seguido siendo frecuentes en Egipto hasta Faruk: forman parte del «color local»). Pero cuando llegó César, Cleopatra no estaba; Potino la había confinado y encerrado para poder actuar a su antojo. César la mandó llamar a escondidas. Para reunirse con él, se ocultó entre las mantas de un lecho que el siervo Apolodoro debía llevar a las habitaciones del ilustre huésped en el palacio real. Este la encontró en el momento de acostarse: un momento particularmente propicio a una mujer de aquella índole.

No muy guapa, pero rebosante de *sexappeal*, rubia, serpentina, sabia maestra en polvos de arroz y cosméticos, con una voz melodiosa que no correspondía en absoluto, como a menudo sucede, a su temperamento ambicioso y calculador, lo suficientemente intelectual para sostener con brío una conversación y absolutamente ignorante de todo lo que pudiera parecerse al pudor, era justamente lo que hacía falta para un mujeriego sin prejuicios como César, después de todos aquellos meses de trinchera y de abstinencia. Pues en cuanto a mujeres César había permanecido el de antes, y de siempre: para él, lo que se dejaba se perdía.

El día siguiente volvió a poner de acuerdo a hermano y hermana, o sea que prácticamente devolvió todo el poder a éstos en perjuicio de Potino que fue suprimido discretamente, con la excusa, tal vez auténtica, de que estaba tramando un complot. Desgraciadamente, la ciudad se sublevó contra César y la guarnición romana que la vigilaba se sumó a los rebeldes. César, con sus pocos hombres, transformó el palacio real en un fortín, expidió un mensajero a Asia Menor en demanda de refuerzos, ordenó quemar la flota para que no cayese en manos del enemigo (desgraciadamente el incendio se propagó también a la gran biblioteca, honor y orgullo de Alejandría), y con un golpe de mano que él mismo guió echándose a nado, se adueñó del islote de Faro, donde aguardó los refuerzos que venían por mar. Tolomeo creyó que estaba perdido, se unió a los rebeldes y no se supo más de él. Cleopatra se quedó valientemente con César, quien, al arribar los suyos, dispersó a los egipcios y la repuso en el trono.

Quedóse nueve meses con ella, los que necesitó para echar al mundo un niño que fue llamado, para que no hubiese dudas sobre su paternidad, Cesarión. El de Cleopatra debió ser un gran amor para César, pues hizo oídos sordos a las llamadas de Roma, caída durante su ausencia en presa de las «cuadrillas» de Milón, vuelto de Marsella. Finalmente, a la noticia de que estaba a punto de emprender con ella un largo viaje por el Nilo, sus propios soldados se rebelaron: entre ellos había corrido la voz de que el general quería casarse con Cleopatra y quedarse en Egipto como rey del Mediterráneo.

Entonces César reaccionó, se puso de nuevo a lá cabeza de los suyos, corrió a Asia Menor donde «llegó, vio y venció» en Zela contra Farnaces, el rebelde hijo de Mitrídates.

Después embarcó hacia Tarento, donde Cicerón y otros ex conservadores fueron a su encuentro con la cabeza cubierta de ceniza. Con su habitual magnanimidad, César les atajó las palabras de contrición y tendióles la mano. Todos quedaron tan contentos, que no tuvieron ni ganas de escandalizarse con el hecho que el amo volviese a una Roma llena de estragos y de lutos, trayéndose consigo a una mujer vestida y pintada como una cupletista que empujaba un cochecillo con un mamoncete llorón dentro.

Con esta viviente «presa bélica» volvió a presentarse en la Urbe y a su propia mujer Calpurnia, que no pestañeó porque ya estaba acostumbrada. Fue ella la única, probablemente, en darse cuenta de que Cleopatra tenía la nariz un poco larga. Y estamos seguros de que ello le gustó mucho.

